



LA PRUDENCIA: MADRE DE LAS VIRTUDES

TEMA 5 / SESIÓN SEGUNDA

TEMA 5 / SESIÓN SEGUNDA

IDEAS

- El primer medio para alcanzar la prudencia consiste en aprender a discernir para conocer la verdad de las situaciones.
- La prudencia implica también la ejecución pronta y firme del bien elegido.
- El prudente se abre al consejo de maestros y personas de mayor sabiduría.

DESARROLLO

Teniendo en cuenta lo afirmado en la sesión anterior sobre lo que es la prudencia, pretendemos ahora describir brevemente cómo podemos adquirirla poco a poco. Ciertamente, la prudencia es un don de Dios que hay que pedir. “Por eso, rogué prudencia y se me concedió”, dice *Sab 7,7*, “invoqué un espíritu de sabiduría, y vino a mí”. Además, la *1 Pe 4,7* dice: “Sed sensatos y prudentes para daros a la oración” y también podríamos decir: “daros a la oración y seréis sensatos y prudentes”, puesto que la oración obtiene la luz de Dios, fuente de toda prudencia. Ahora bien, también es necesario colaborar con ella educándonos a nosotros mismos mediante, al menos, tres caminos distintos: (1) el camino de aprender a discernir para conocer la verdad de las situaciones; (2) el camino del ejercicio de la decisión pronta y acorde con el juicio realizado; y (3) el camino de la docilidad para escuchar los consejos de los padres, maestros y verdaderos amigos, que tengan experiencia auténtica de la vida cristiana. Describamos cada una de estas vías, para ver, al final de la sesión, a dónde nos dirigen estos caminos.

El **primer** medio que proponemos es el más importante y, quizás, el más difícil, porque engloba distintas dimensiones. Se refiere al “conocer” sin error el bien, la verdad, el fin del hombre, que veíamos en la sesión anterior. La prudencia trata de tener un conocimiento verdadero de la realidad para, así, ordenar el querer y el obrar. Para conocer bien, la prudencia necesita que la memoria no tergiverse la realidad, siendo fiel al ser, guardando en la memoria los acontecimientos reales tal como son y sucedieron en realidad. La memoria no es sólo la capacidad de acordarse para aprender, sino una memoria que es fiel al ser, a la verdad de las cosas. Esta memoria fiel y observadora ayuda al conocimiento de uno mismo y cultiva, de este modo, aquel aspecto de la prudencia que es más necesario para cada uno, para su propia experiencia y necesidad. El recuerdo de lo pasado, reflexionando sobre lo que ha sucedido, orienta para lo que conviene hacer, puesto que la historia reflexionada es la maestra de la vida.

A la memoria hay que añadir la sagacidad en ponderar lo que puede pasar en el futuro. Se trata de esa clarividencia con la que se pueden valorar y prever las posibles consecuencias e implicaciones, que pueden derivarse de la posición tomada. No podremos ver el conjunto de la vida, ni el plan concreto de la vida en la rotundidad de sus líneas definitivas, pero sí el pequeño resquicio de las consecuencias inmediatas.

Podemos decir que la prudencia tiene dos caras con las que mira, con la una lo pasado y con la otra lo venidero.

Otra ayuda para conocer la verdad es no engañarnos a nosotros mismos, evitando toda falta de objetividad egocéntrica. Mientras que se debe hacer depender el sí o el no de la voluntad de la verdad de las cosas, existe el peligro de falsear las cosas reales por el sí o el no de mi propia voluntad. Y este peligro, aún es más grave cuando no nos damos cuenta. Los intereses subjetivos nos llevan a falsear la memoria, que se vale de los más suaves retoques y variaciones de acento. Jamás podría darse la virtud de la prudencia sin una constante preparación para la auto-renuncia, sin la libertad y la calma serena de la humildad y la objetividad verdaderas. La prudencia es el resplandor de la vida moral que ha sido negado a todo aquel que se contempla, porque el que se contempla no puede brillar. Es fundamental para no engañarnos la total ausencia de intenciones soterradas. En esta línea, juega un papel fundamental la rectificación de la intención cuando descubrimos que tratamos de falsear los datos para poder hacer lo que nosotros queremos. Esta rectitud de intención se puede orientar continuamente mediante la "intención última", el fin del hombre, alabar a Dios haciendo su voluntad, el verdadero bien del hombre.

La prudencia en el "conocer" afecta también a la objetividad ante lo inesperado, que implica una cierta "flexibilidad" que permite dar nuevas respuestas a situaciones siempre nuevas. No se puede planificar todo porque las empresas humanas conservan siempre un margen de imprevistos. Esta flexibilidad no tiene nada que ver con la falta de carácter. Cada virtud se realiza de múltiples formas, en función de cada situación, y no de la misma manera en todos. La prudencia ha de ser flexible porque no debe aplicar una norma fija a situaciones muy distintas, sino que debe encarnarse en las complejidades de la vida concreta.

En **segundo** lugar, un acto prudente implica la toma de decisión, siguiendo dócilmente lo conocido con objetividad. Esta decisión, que está relacionada con el "hacer" del que hablábamos en la sesión anterior, hay que tomarla en el momento apropiado. Hay situaciones en las que es preciso actuar de inmediato, con una determinación pronta y oportuna. Se trata de esa perspicacia rápida que facilita un conocimiento acabado de la realidad y una pronta decisión para realizar la acción justa y fuerte que la situación, en su verdad, requiere. Otras veces, sin embargo, es prudente retrasar la decisión hasta que se completen todos los elementos de juicio. En esos momentos, no nos podemos limitar a cerrar instintivamente los ojos y arrojarnos a ciegas a la acción, sino que debemos dar lugar al silencio para poder juzgar acertadamente. El prudente no actúa nunca precipitadamente, sino que actúa sosegadamente venciendo toda tentación de injusticia o cobardía. Ahora bien, es inútil esperar a realizar la acción cuando tengamos una certeza total, puesto que jamás nos decidiríamos.

La prudencia incluye también la realización de la decisión, antes o después, pero evitando toda indecisión. No podemos actuar movidos por lo más fácil o por la solución que acarrea

un menor compromiso para el que debe actuar. Tampoco es prudente el que no actúa por miedo a equivocarse y se limita a mantenerse como un pusilánime que no toma decisión alguna. Posponer la toma de decisión sólo complica la solución y ahorrarnos un sacrificio en el momento presente sólo servirá para aumentarlo en el futuro. No es que la prudencia sea para los débiles y cobardes que no quieren enfrentarse con la dificultad, sino que la prudencia nos hace fuertes en la adversidad. En palabras de Santa Teresa, el prudente “toma la determinada determinación”. ¡Cómo nos cuesta decidir! A veces nos cuesta por no tener las cosas claras, otras porque vemos que la decisión que debemos tomar no nos gusta. Ahora bien, hay que tomar la decisión moral y sólo puede ser tomada por el sujeto que ha de ponerla en práctica. No se puede hipotecar, no puede ser tomada por un sustituto, ni se puede echar el peso de la responsabilidad sobre los hombros de otro.

En **tercer** lugar, como a veces la decisión no es fácil, en determinados casos es muy conveniente abrirse al consejo de los amigos experimentados, discerniendo siempre entre consejos sabios y necios. Todo intento de captar desde fuera lo que tiene de concreto la decisión moral de un hombre será, por fuerza, vano. Hay, sin embargo, una posibilidad, la única, de que no suceda así: el caso del amor de amistad. Sólo el amigo, si es prudente, puede co-assumir la decisión del amigo desde el mismo yo de éste, al que el afecto viene a hacer como propio. Mereced a la acción unificadora del amor, está facultado para contemplar la situación concreta de la decisión y, por tanto, ayudar al amigo. De aquí que el consejo del amigo verdadero y prudente puede indicar el camino recto para realizar la buena acción. Este amor de amistad, auténtico y prudente, es el supuesto necesario de toda auténtica dirección espiritual, porque puede conocer, desde bien cerca, la situación concreta de la decisión.

Además, como el individuo no es buen consejero de sí mismo, puesto que el propio interés puede oscurecer la luz del Espíritu Santo, no pocas veces es preciso dejarse aconsejar por un criterio ajeno al propio. “En lo que atañe a la prudencia, nadie hay que se baste a sí mismo”, decía Santo Tomás. De este modo, si se quiere discernir signos a veces contrapuestos, para actuar prudentemente, se requiere la oración al Espíritu, el consejo de un prudente amigo, un juicio recto y una voluntad decidida de ejecutarlo. Sólo así el hombre encontrará la felicidad que desea porque, como concluye Santo Tomás: “la felicidad de la vida activa es el acto de la prudencia por el que el hombre se gobierna a sí mismo”.